

Alejandro Hernández Pacheco, camarógrafo originario de Torreón.

Actualmente vive en Colorado. Pidió asilo después del secuestro que vivió en julio de 2010. Desde entonces no ha regresado a México.

Alejandro comenzó a trabajar en televisión desde 1993 y prácticamente estuvo en todas las cadenas de la región: Multimedios, TV Azteca, Televisa.

En Televisa tenía menos de dos años laborando, siempre con la cámara al hombro, aunque en Televisa estaba mucho tiempo en el estudio e iba a empezar a regresar a la calle. Cuenta que existía temor por las condiciones de violencia que prevalecían. “Me tocó cubrir la violencia, me tocó ver algunas montañitas de cuerpos”, recuerda.

Alejandro estaba de vacaciones y un domingo antes de regresar a trabajar, fue con la familia al Cristo de las Noas. Allí, dice, se sintió raro. “Le decía a mi esposa que sentía mucha paz”, platica. Se tomaron fotos con los niños y regresaron a casa.

Regresó a trabajar después de vacaciones el 26 de julio.

Entró ese día a las 5:30 de la mañana para estar en el noticiero que iniciaba a las 6. “Estuve unos momentos en el sillón, en ese silencio. Pensando en nada, muy raro. Eso lo piensas después”, comenta.

Recuerda que a las 7:30 de la mañana llegó Héctor Gordo, de Televisa México, pidiendo ayuda con un camarógrafo y equipo. Héctor venía del programa Punto de Partida a hacer entrevistas con los alcaldes de la Laguna. Al parecer su camarógrafo de México había perdido el avión.

“Me dijeron a mí, y dije va. A mí me gustaba la calle. Sabía que había peligro pero no sabía cuánto”, rememora.

Narra que tomaron el equipo y se fueron. Héctor había rentado un carro en el aeropuerto con placas de Chihuahua. “Me dio miedo porque no andábamos en un vehículo de Televisa”, comparte.

Fueron a Gómez Palacio para entrevistar al alcalde, pero recuerda que los tuvieron mucho tiempo esperando en presidencia. Dice que pasó una patrulla y les dijo “eh, tengan cuidado”. Alejandro no sabe si se lo dijeron en buena lid o por qué.

Entrevistaron a policías sin rostro estaban grabando la fachada de la presidencia cuando les dijeron que había un motín en el Cereso.

Al llegar, Alejandro se dio cuenta que muchos compañeros estaban alejados. “Héctor no sabía cómo estaba la onda y yo quería hacer mi mejor trabajo para que se viera en un programa a nivel nacional. Hicimos entrevistas y estaban todas las corporaciones, entraban y salían el semefo. Hasta las 3 más o menos estuvimos”, comenta.

Entonces Héctor le informó que su camarógrafo había llegado y que lo iba a regresar a Televisa para después recoger al camarógrafo. Tomaron el entronque en la carretera a Ciudad Juárez con el cruce de Periférico y ahí se les cerró un carro y los levantaron.

A partir de ahí, estuvo secuestrado y fue trasladado a tres casas distintas.

NARRACIÓN EN PRIMERA PERSONA:

Nos llevaron a Lerdo, por Siete Leguas. Nos tuvieron hasta las 6, 7 de la tarde. Nos llevaron a una casa por Chapala. Nos tuvieron hasta que nos dejaron ir el sábado. Nos liberaron en la colonia López Portillo.

Íbamos a agarrar Periférico. El carro venía en sentido contrario, se adelantaron y se cerraron. Pensé que como era un carro viejo, que se había descompuesto su coche. Se bajaron dos personas o tres. Bajaron con las armas cortas y se subieron a nuestro carro.

Nos dijeron que siguiéramos al carro de donde se habían bajado. Dieron vuelta a Lerdo por periférico y nos iban pegando en la cabeza y preguntándonos para quién trabajábamos. Nos pidieron teléfonos, carteras, identificaciones. Trabajamos para Televisa, querían que les dijéramos que trabajábamos para un cartel, como encubiertos.

En el camino, cerca de un canal de riego, nos bajan y nos suben al coche. Todo fue tan rápido. Héctor y yo nos tomamos de la mano, empezamos a rezar, esto no puede estar pasando.

Lo primero que se te viene a la mente es la familia. (Entonces tenía dos hijos. Actualmente tres)

Seguimos en el camino a un despoblado y ahí había más gente. Ahí estaba Javier Canales.

Nos bajan, me suben a la cajuela del clío de Javier, hecho bolita, a ellos dos los acuestan. A mí me meten a la cajuela porque estaba más grande, pensaban que me podía escapar o poner resistencia.

Estaban fumando marihuana, abrían la cajuela y echaban el humo, nos pegaban.

Tenía las piernas dormidas, me falseé cuando me bajé, quise caminar y me tronó. Con las camisas nos cubrían las cabezas. Hablaban por teléfono, con el jefe supongo. Decían que querían quemar el carro, pensaba uno que con nosotros adentro.

Por qué nosotros, nos preguntábamos.

Querían prender cerillo.

Después nos llevaron en una camioneta a Chapala y había tres policías federales, uno herido de un brazo. Había también un policía preventivo de Torreón y un taxista de Lerdo. Éramos ocho en un cuarto lleno de tierra. No sé cuántos días tenían ellos.

Nos mantuvieron con los ojos cubiertos. Nos ataron las manos y los pies. Nos acostamos en la tierra, uno enseguida de otro. Oíamos más voces, no sabíamos quiénes eran.

Nos interrogaron, nos pidieron el nombre de nuestros jefes, los teléfonos, dónde vivían, qué autos usaban, si tenían hijos. Dije lo que sabía.

Empezaron a hablar y a pedir que pasaran las notas de ellos en la televisión. Cuando nos levantaron veían patrullas y ellos mismos decían 'no pasa nada'

Las televisoras buscaban protegernos y los obligaban a pasar cosas en contra de los zetas en Matamoros, con quién estaban coludidos, que un hermano de Torres Charles (Jesús Torres Charles, ex fiscal de Coahuila).

El lunes nos dijeron que le bajáramos de huevos con la historia de Margarita Rojas (directora del penal de Gómez Palacio), que dejaba salir reos a causar muertos en Torreón. Decían que dejaran de pasar esa historia, de ya no moverle a lo de Margarita. Después la noticia fuimos nosotros. Los medios ya no hablaron más de eso y se coartó la libertad de prensa.

El jueves dejaron ir a Héctor, querían que pasaran algo con Denisse Maerker. Lo dejaron ir para que fuera a México e hiciera una historia en favor de esta gente que nos tenía.

Lo dejaron salir. Héctor les decía que me dejaran salir para editar la historia. Pero no quisieron. Le dije que se fuera, que si salía esa historia me iban a soltar.

Después supe que no pasaron nada.

Imagina mi familia cómo se puso. Le pedí a Héctor que le dijera a mi esposa que se fuera de la casa, que agarrara mi visa y con los papeles importantes se fuera.

Daba miedo, yo ya pensaba que nos dejen pero donde nuestra gente nos hallara. No encontrábamos descanso, ya era mucho tiempo. Cuando estábamos secuestrados, llegaban y cortaban cartucho y nos despertábamos, nos decían que nos iban a traer a la familia, a los niños. Era mucho estrés psicológico.

Llegó el viernes y no nos pasó nada.

El viernes nos dicen que nos van a soltar como a las 6 de la tarde. Primero sueltan a los policías, escuchamos que les dan dinero y se los llevan y los dejan, yo creo que en Gómez. Dejamos de verlos.

Estábamos a punto de subirnos al carro, aparentemente en la zona industrial de Gómez, que fue donde dejaron a Héctor.

Teníamos la esperanza del viernes irnos a casa pero cambiaron de planes en el último minuto. Antes de subirnos a la camioneta nos dijeron que no. Empezó otro martirio, nos subieron a otro carro y nos llevaron a otra casa de seguridad. Ese día andábamos muy débiles, no nos dieron ni agua. Andaba mareado. Me subieron a la cajuela. Y Javier adelante.

Llegamos ahí y había niños jugando y todo en la colonia. Me bajaron de la cajuela y nadie dijo nada, era de lo más normal. En la cajuela llevaba las manos atadas, me quité la venda, no supe dónde estaba pero sí alcancé a ver niños jugando, una colonia popular. Se escuchaba un tren.

Estuvimos toda la noche, en un cuartito como un baño, lleno de cucarachas, ratas.

Estuvimos hasta las 12 y nos dejaron solos.

Estábamos gritando a ver si nos escuchaban, que nos ayudaran, que nos tenían secuestrados. Nos cambiaron de casa.

Nos quitamos las vendas y empezamos a rezar y le dije a Javier que no quería que me mataran por nada, quería morir dándome un tiro, 'a chinga por qué me van a matar', pensaba. Lo convencí de escaparnos. Nos quitamos las vendas como pudimos. Me encontré unas pinzas de punta, chicas, quité las bisagras de la puerta y nos salimos. Solo estaba con un pasador. En eso llegó un carro lleno de chavos de 20 años, todos armados y se sorprendieron más que nosotros y fue donde nos pegaron. Nos pegaron en todo el cuerpo con maderas, en las rodillas, decían 'pégúenles en las rodillas para que no se pelen'. Javier gritaba, no sé qué le hacían.

Les decía que ya era mucho, que ya nos soltaran o nos quebraran. Nos ataron con alambre y nos volvieron a meter y se sorprendieron porque les quitamos los tornillos. Nos pegaron muy feo. Yo tenía sangrado toda la cabeza. Hasta después que estaba en México me di cuenta de los golpes.

Estábamos por Soriana Hamburgo. Nos dieron agua, nos tomamos un galón cada quien, Javier y yo. No podíamos dormir. Pensábamos que nos iban a matar en cualquier momento.

Ese día dije 'ya hice lo que puede, ya voy a descansar, que sea lo que Dios quiera, si amanezco bien'.

El "rescate"

En una casa estuvieron de lunes a viernes.

El viernes a él y a Javier Canales los llevaron a una segunda casa que fueron donde los golpearon después, según cuenta, de intentar escaparse.

A la casa 3 los llevaron después de golpearlos, apenas un rato, hasta que amaneció, después los devolvieron a la casa 2. Ahí, cree Alejandro, algo salió mal.

NARRACIÓN primera persona:

Eran como las cinco de la mañana cuando nos despertaron y nos llevaron a otra casa. Nos bajaron y nos dijeron 'camínenle por ahí'. Nos bajaron y nos mandaron a un baldío, no podíamos ni caminar.

Nos dijeron, palabras textuales de uno de ellos 'aquí den vuelta y caminen todo derecho, ahí está el gobierno y los van a ayudar'. Los soltaron en la calle

Nos liberaron, caminamos unas cuatro cuerdas, sólo se escuchaban los perritos, silbábamos. Ellos se fueron. Nos dejaron en una esquina. 'Den vuelta y ahí está el gobierno', dijo uno de ellos.

Llegamos nosotros con las patrullas. Son los mismos güeyes, los patrulleros, la policía federal comandada por Genaro García Luna. Llegamos y nos dicen 'quiénes son ustedes', ah poco no nos oían. Nosotros los encontramos a ellos. Hasta la casa esa.

Nos dicen los policías "a ver cómo los tenían, y nos tomaron fotos y videos. Ellos querían documentar como si nos estuvieran rescatando.

Mi versión es que a alguien se le hizo tarde o a los malandros se les hizo tarde dejarnos o la policía fue muy temprano. La policía quería encontrarnos ahí (en la casa), grabar el rescate, tomar fotos.

Empezamos a decir cómo nos tenía, así y así.

Llegó una policía y dijo 'aquí hay una casa con estas características'. Qué raro, ¿no?, entramos y sí, ahí estaba mi sangre toda coagulada y era donde nos tenían. Uno vaa atando los cabos.

Nos rescatan entrecomillas, nos llevan a Torreón, a la comandancia.

La única ayuda fue una botella de agua y unas mantecadas del gobierno y una pastilla para el dolor de cabeza y una venda. Nunca fueron a llevarme a sacarme unas radiografías o algo.

Yo dije, 'ah pues ya me voy, que me deje', y cuando andábamos ahí, reciben la orden el que nos traía en la camioneta que le diera para el aeropuerto. Cárdenas Palomino (Luis Cárdenas Palomino) nos dice 'el presidente los quiere ver. Vamos y luego los regresamos'. Estábamos aturdidos. En el aeropuerto ya tenían una conferencia de prensa montada. Ya tenían planeada desde antes.

Cuando bajamos al hangar, nos llevan con Genaro García Luna y nos dice "tenemos una pequeña conferencia de prensa, cómo ven". No nos dejaron pensar tanto, 'pues sí', contestamos.

Nos dimos cuenta que fue un error muy grande. Nos pusieron a la vista de todos. No nos dejaron pensar.

Cuando habla Genaro García Luna que fue un operativo donde no hubo ninguna bala, son puras mamadas porque eso no pasó. No podía desmentirlo ahí, esos güeyes eran capaces de todo. Si digo que decía mentiras no aparezco.

Le hablé a mi esposa y le dije 'vete de la casa'. Llegó a la Ciudad de México. Nos estuvimos en un hotel esa noche. Al día siguiente fuimos a la Siedo a declarar. Nos querían meter en un motel, les dije aquí no voy a entrar yo. Un motelillo rascuache, decidieron llevarnos a otro.

Nos dieron 6 mil pesos de los cuales usé para irme a Chihuahua.

Nadie nos rescató como después dijeron, nosotros los encontramos. No pude desmentirlos ahí. Lo hice cuando estaba acá.

Fue todo una caja china, después de que estaba el punto que le iban a estirar el hilito a la directora del Cereso, que el gobernador la había puesto, aventaron la caja china para crear otro boom, ya eran los periodistas secuestrados y el caso de la directora se hizo más chiquito y se fue perdiendo.

Fuimos las víctimas.

A Héctor lo protegió Televisa en México.

La empresa los primeros días me dijeron que me iban a acomodar por Mérida, Yucatán que me iban a poner en sky, pero se fue enfriando y no sentí el apoyo. Quería que me dieran mi lanita de aguinaldo y esas cosas.

Petición de asilo

Vi un programa en Discovery de periodistas en exilio, periodistas que después conocí. Empecé a platicar con mi familia de la posibilidad de pedir un asilo político, hablé con un abogado que fue como mi ángel. Me dijo que me podía ayudar.

Los policías nos dijeron que ya podíamos regresar a Torreón que ya no iba a pasar nada. Yo no tenía el respaldo de nadie, no tenía apoyo. Me daba miedo. Decidí viajar a Chihuahua en avión y luego en camión a Ciudad Juárez. Llegamos el 21 de agosto de 2010, yo crucé el 22 de agosto y mi familia hasta el 26.

Comenzamos una nueva vida en Estados Unidos.

A la empresa les dije que ellos me habían puesto en un estado de riesgo al mandarme ahí. Nadie me escuchaba, se fue acercando diciembre de 2010, en noviembre les envié un correo que si no me iban a dar lo que me correspondía me iba a poner en huelga de hambre en la plaza de El Paso, Texas; les dije que mucho Teletón mucho Teletón y a sus empleados los abandonan. Al día siguiente enviaron a alguien y me dio un chequesito que sí me alivió.

Primer año en Estados Unidos muy difícil, vienes con permiso. Empecé a buscar trabajo y me ocuparon en lo que hago que es la cámara. Sigo trabajando en ello.

Quiere regresar

Alejandro ya es residente en Estados Unidos. El asilo se lo concedieron un año después.

Dice que duerme tranquilo, con la seguridad de que nadie le va a tirar un balazo. Platica que recuerda su casa, su jardín, sus amigos, su limón, a la familia. "Me da coraje porque todo lo echaron a perder. Ya no los puedo ver", menciona.

Recalca que ese no era el plan aquel 26 de julio cuando salió a trabajar. "Batallamos mucho para hacernos de nuestras cosas, pero le arrancaron a mis hijos su casa, su lugarcito, eso me da coraje y me da tristeza porque ya mis hijos son más gringos que mexicanos, claro no los dejo. Pero solo porque ellos quisieron cambiar el rumbo de nuestras vidas. Me duele".

A Alejandro se le hace un nudo en la garganta. Asegura que no lo supera. En ocasiones se mete a Google maps y ve su casita, su barrio.

"No es así como muy agradable estar a acá. No es lo que tenías planeado, pero donde quiera la vamos a romper y echarle ganas. Extraño desde lo más básico que es la comida, mi familia, mis hermanos, el calor y no lo cambiaría por nada. Si me dan a escoger me iría allá. Ya regresaré. Yo no quiero morir en esta tierra", afirma.